

LAS RELIGIONES MONOTEÍSTAS Y EL MEDITERRÁNEO
Conferencia en el XXIX Encuentro de Cristianos de Base de Asturias
20 de mayo de 2019
Juan José Tamayo

**Director de la Cátedra de Teología y Ciencias de las Religiones “Ignacio
Ellacuría”. Universidad Carlos III de Madrid**

1. El Mediterráneo: de mar abierto a frontera y fosa común de muertos del Sur

Dentro del proyecto “Sueños en el mar”, el periodista gráfico Ricardo Calero hace poco más de dos lustros fotografió más de 3000 copias de pasaportes y las arrojó al mar en Cabo de Gata para después seguir fotografiando su recorrido. Con ese gesto quería visibilizar el drama de la inmigración. En los últimos años son miles y miles no las fotocopias, sino los cadáveres de personas inmigrantes y refugiadas del Sur Global que, tras una fatal travesía, encuentran la muerte en el Mediterráneo. Son personas que huyen de la pobreza, el hambre, la guerra, el terrorismo, y chocan con la insolidaridad de una Europa, que se autodefine cínicamente como “moderna”, “ilustrada”, “humanista”, “desarrollada”, “pluralista” “tolerante”, “hospitalaria”, “sin fronteras”.

Mientras se producen a diario decenas de muertes en el *Mare nostrum* -¡qué ironía!-, algunos países europeos cierran sus fronteras a cal y canto, otros se pelean en discusiones de salón sobre los inmigrantes y refugiados a acoger con tendencia a rechazar tal acogida, dificultarla y pujar a la baja, como si los refugiados y las refugiadas fueran mercancía –de hecho así son considerados- y estuviéramos ante operaciones comerciales de compraventa. Y todos los países incumplen los protocolos internacionales para con ellos y sus compromisos de acogida. Sucede que en España numerosos ayuntamientos, organizaciones no gubernamentales e instituciones cívicas tienen acondicionados espacios de acogidas y el gobierno pone todo tipo de trabas para la llegada del cupo de refugiados y refugiadas al que se comprometió,

Algunos dirigentes europeos han llegado a afirmar, sin sonrojarse, que la llegada de inmigrantes y refugiados a Europa pone en peligro el nivel de bienestar de los ciudadanos continentales, lo que se traduce en la práctica en políticas de mano dura bajo la excusa de seguir contando con el apoyo electoral de los ciudadanos. Al final las personas inmigrantes y refugiadas se convierten en moneda de cambio de los dirigentes políticos y en juguete en

manos de irresponsables jugadores con la vida de las personas más vulnerables: mujeres, niños, niñas, discapacitados, discapacitadas, gente sin recursos, etc.

Quienes, tras largas y agotadoras travesías, logran llegar salvos –que no sanos- a nuestras costas, lo hacen arruinados económicamente, tras haber pagado cuantiosas sumas de dinero a las mafias, físicamente exhaustos y debilitados por las malas condiciones de la travesía, que hacen hacinados en inseguras pateras de escasas dimensiones. Y lo que encuentran no es precisamente el paraíso soñado. Tienen que sortear todo tipo de obstáculos, empezando por huir de la policía, que los persigue, y de sus perros, que los agreden sin piedad, o saltar las vallas con cuchillas dejándose literalmente la piel.

El Mediterráneo ha sido un mar abierto, sin fronteras, de intercambios comerciales, de diálogo, hospitalidad y encuentro entre las dos orillas; un espacio intercultural, interreligioso, interlingüístico, interétnico, interfilosófico, intercosmovisional, intercivilizatorio; puente entre tres continentes -Asia, África y Europa. En él han convivido durante siglos y milenios plurales y diferentes culturas, religiones, civilizaciones, y lenguas. Es esa pluralidad la que constituye su mayor riqueza. Pero ha sido también un mar de enfrentamientos bélicos, choques culturales, guerras de religiones, conflictos entre civilizaciones, que ha provocado todo tipo de discriminaciones: étnicas, políticas, sociales, culturales, de género, etc. y agresiones medioambientales.

Hoy se ha convertido en mar de fronteras infranqueables, foso de separación entre el Norte y el Sur, espacio de exclusión, xenofobia, islamofobia, racismo institucional y estructural, espacio, en fin, de todas las fobias hacia los otros, las otras, los diferentes. Peor aún, el Mediterráneo es hoy fosa común de muertos “anónimos” del Sur, cementerio de grupos humanos y pueblos enteros que huyen del hambre y de la miseria, de personas que huyen del terror, de la violencia de los fanatismos religiosos que matan “en nombre de Dios”; de personas refugiadas víctimas de las dictaduras, gobiernos militares, regímenes corruptos, guerras civiles, conflictos religiosos, en todos los casos con la colaboración mortífera de las potencias internacionales inmersas en operaciones de venta de armas y no de contribución al desarrollo dentro de los propios países de los que huyen migrantes y refugiados. .

Todos ellos son considerados población sobrante, producto de la “cultura del descarte”, como ha denunciado el papa Francisco en su encíclica *La alegría del Evangelio*: Ya no son solo personas que se encuentran en la periferia, que carecen de poder, sino personas que están fuera, “desechos, sobrantes” (n. 53). Este es el triste resultado de la “globalización de la indiferencia”, que nos vuelve “incapaces de compadecernos ante los

clamores de los otros” y nos impide llorar “ante el drama de los demás..., como si todo fuera una responsabilidad ajena que no nos incumbe” (n. 54). Son, en realidad, víctimas de un sistema basado en el Dios Dinero, efecto de un capitalismo sin entrañas y resultado de la acumulación mafiosa del capital, como dijo el político argentino Gustavo Vera en el 36 Congreso de teología.

A los ojos de Europa, sus vidas carecen de valor. Mueren antes de tiempo anegados en las aguas del Mediterráneo por falta de solidaridad, de hospitalidad, abandonados a su suerte por mor del capitalismo salvaje, que se sustenta en una ideología inhumana: el neoliberalismo, que niega a las mayorías empobrecidas el derecho fundamental a la vida y solo reconoce el derecho de propiedad. Sus muertes son cínicamente lamentadas, pero no sentidas ni lloradas por los poderes políticos y económicos europeos sin entrañas de misericordia ni espíritu compasivo.

Europa tiene los ojos secos y endurecidos. Por eso no puede llorar. Solo tiene intereses que defender, y los defiende a costa de la vida de hombres y mujeres, niños y niñas que se arriesgan a navegar en inseguras embarcaciones, solos ante el peligro. Unos intereses que protege cerrando sus fronteras por tierra y aire a cal y canto y poniendo diques al mar –n el sentido literal- para evitar la entrada de los “bárbaros” en un continente “civilizado”. En el fondo, es el miedo a los “bárbaros” lo que lleva a los gobiernos europeos a actuar de manera tan inmisericorde y, en definitiva, criminal.

2. Nosotros somos los bárbaros!

“El miedo a los bárbaros es lo que amenaza con convertirnos en bárbaros. El miedo se convierte en peligro para quienes lo sienten, y por ello no hay que permitir que desempeñe el papel de pasión dominante”, afirma el politólogo Tzvetan Todorov¹ Yo diría más: no es que el miedo amenace con convertirnos en bárbaros, sino que realmente nos torna bárbaros. Se invierte así el binomio barbarie-civilización, que consideraba “bárbaros” a los de fuera y “civilizados” a los europeos. Hoy los bárbaros somos nosotros. Ahora el grito “¡que viene los bárbaros!” pueden pronunciarlo los inmigrantes y refugiados referido a nosotros. Y con razón, a la vista de nuestros comportamientos tan poco humanitarios

Solo reconociendo que los bárbaros somos nosotros, no ellos, podrá tornarse nuestra mentalidad eurocéntrica insensible al sufrimiento humano de los otros, de las otras, en

¹ Tzvetan Todorov, *El miedo a los bárbaros. Más allá del choque de civilizaciones*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2014, 18.

mentalidad solidaria y compasiva, y nuestra conciencia tranquila y acomodada en conciencia autocrítica y abierta a los otros, a las otras. Solo convirtiendo las aguas del Mediterráneo en aguas de vida para las personas y los pueblos de la orilla Sur, puede hablarse de vida para todos y todas. Solo así se puede construir una comunidad fraterno-sororal sin vallas ni fronteras.

Los datos son escalofriantes. En 2014 cruzaron el Mediterráneo 219.000 personas. De ellas en torno a 3500 quedaron sepultadas bajo sus aguas sin alcanzar su objetivo de llegar a nuestros países en busca de mejores condiciones de vida. En 2015, pasaron más de un millón de personas inmigrantes y refugiadas por el *Mare Nostrum*. Cerca de cuatro mil - de los que en torno a un 30% eran niños y niñas- fueron abandonados a su suerte y no consiguieron llegar a la otra orilla por haber sido anegados en sus aguas. En 2016, según la Organización Mundial de Migraciones, han muerto en aguas mediterráneas 5000 personas, tras el hundimiento de dos embarcaciones con 239 naufragos frente a las costas libias el 3 de noviembre.

Pero estas muertas desgraciadamente no serán las últimas, mientras no se creen corredores humanitarios para una inmigración, un refugio y un desplazamiento seguros, como afirmó la alcaldesa de Lamepdua, Giusi Nicolini, tras el último naufragio. Una de las tragedias más dramáticas fue la que tuvo lugar el 18 de abril de 2013 al sur de la isla italiana de Lampedusa, que arrojó al mar a 800 personas. Este tipo de tragedias ha pasado hoy del escenario de las antiguas tragedias griegas a las aguas del Mediterráneo. Aquellas eran una representación teatral, una ficción, en fin. Las vividas en el Mediterráneo son reales. Hammid Alizadeh las califica, creo que razón, de “crímenes del capitalismo”.

Las personas más vulnerables son los niños, las niñas, las mujeres, las personas gays, lesbianas, bisexuales, transexuales, intersexuales, sometidas a todo tipo de vejaciones: acoso sexual, agresiones físicas, trata de personas, tráfico de órganos, trabajos forzados, prostitución, violencia de género, etc.

¿Podían haberse evitado estas muertes, pueden evitarse en el futuro? Creo que sí. ¿Cómo? Obligando a los gobiernos a cumplir los protocolos internacionales en materia de acogida de las personas refugiadas; abriendo rutas seguras de migraciones que impidan a las refugiadas y los refugiados caer en las redes extorsionadoras de las mafias; apoyando .-y no condenando o demonizando- a las organizaciones humanitarias que trabajan sobre el terreno; con políticas de apoyo al desarrollo en los países de origen; eliminando fronteras; fomentando el diálogo intercultural, interreligioso e interétnico; luchando contra el terrorismo, y no apoyándolo; no participando en el negocio de venta de armas a países que

las utilizan para apoyar al terrorismo y a los gobiernos dictatoriales; combatiendo el racismo institucional; negando legitimidad a gobernantes corruptos, autócratas, etc.

Repito: estas tragedias, que podrían y deberían evitarse con una política de hospitalidad y de acogida, niegan nuestra supuesta superioridad civilizatoria y *nos convierten en bárbaros*.

3. Triple herencia, y desafíos, de las sociedades surgidas a partir del Mediterráneo

En las situaciones descritas de ayer y de hoy han jugado un papel importante, y siguen jugándolo hoy, las tres religiones monoteístas –judaísmo, cristianismo e islam-, que, unas veces, han contribuido al diálogo inter-cultural, al encuentro inter-civilizatorio y a la convivencia pacífica, y, otras, han atizado las guerras, los choques y enfrentamientos entre civilizaciones, culturas y religiones.

Las sociedades surgidas a partir de la región mediterránea comparten una triple herencia: la *fe monoteísta* de las religiones hebrea, cristiana y musulmana, basada en una revelación que se recoge en tres textos: la Biblia hebrea, la Biblia cristiana y el Corán; el *componente griego y romano*: la filosofía, las ciencias y el derecho; y la *cultura de la Ilustración*, caracterizado por la universalización de la razón y de los derechos humanos, si bien solo en teorías (Jahanbegloo, 2007, 68).

Las tres herencias han sido objeto de crítica y están sometidas hoy a tres desafíos: el de la secularización y de la crítica de la religión; el de la globalización neoliberal y el del déficit global. La secularización se caracteriza por la autonomía de todos los campos del saber y del quehacer humano de toda tutela religiosa, lo que comporta un rechazo, con frecuencia sin el debido discernimiento, de toda herencia que provenga del mundo de lo sagrado, igualitaria y liberadora que se encuentra en no pocas tradiciones religiosas y que no es asumida por las corrientes de pensamiento crítico. La crítica de la religión se dirige contra los diferentes sistemas de creencias en general y contra las religiones monoteístas en especial. En esa dirección apuntan los llamados “nuevos ateísmos” que dicen basarse en criterios científicos para excluir toda dimensión trascendente a la existencia humana y a la realidad: Richard Dawkins, Christopher Hitchens, Sam Harris, Daniel Dennett, Michel Onfray, Piergiorgio Oddifredi

La globalización neoliberal cuestiona la idea de pluralidad de civilizaciones y borra las particularidades de las distintas concepciones civilizatorias y los contornos de las

diferentes identidades e intenta imponer la uniformidad y el pensamiento único en todos los campos: filosofía, teología, política, economía, cultura, ciencias, etc. El déficit global se manifiesta en la ausencia de normas globales mediadoras entre la globalización y los Estados-Nación, hasta el punto de dejar a estos sin margen para la gestión de sus propios asuntos y para preservar la independencia.

En esta exposición vamos a centrarnos, en un primer momento, en las religiones monoteístas con sentido crítico y constructivo. En un segundo momento lo haremos en una de las experiencias más creativas resultantes del encuentro de las tres religiones: el paradigma Córdoba.

4. Judaísmo, cristianismo e islam: la misma cuna: el Próximo Oriente; la misma familia: el monoteísmo

Judaísmo, cristianismo e islam tienen la misma cuna. Las tres surgen en el Próximo Oriente en el intervalo de poco más de diez siglos: el judaísmo y el cristianismo, en Palestina, y el islam, en la Península arábiga. Pertenecen a la misma familia, poseen un patrimonio cultural y un parentesco espiritual comunes, perfectamente diferenciable de otras religiones monoteístas como el zoroastrismo o las tendencias monoteístas dentro del hinduismo. Las tres se identifican con nombres comunes: *abrahámicas*, ya que surgen del mismo tronco: las tres apelan al mismo origen: el patriarca Abrahán, que, según el Corán, no fue judío ni cristiano, sino *hanif*, es decir, no asociador; *proféticas*, porque la figura central en las tres es el profeta, que ejerce como mediador entre Dios y los creyentes: Moisés y los profetas de Israel en el judaísmo, Jesús de Nazaret en el cristianismo y Mahoma en el islam; *reveladas*, porque surgen de la revelación de Dios entendida como diálogo y comunicación de Dios con los seres humanos a través del profeta, que, salvo en el cristianismo, es solo un enviado y no tiene carácter divino; *del Libro*, porque la revelación divina se recoge en un libro sagrado, considerado palabra de Dios: la Biblia hebrea, la Biblia cristiana y el Corán, los tres en continuidad.

5. El monoteísmo en las religiones del Libro

Las tradiciones religiosas monoteístas nacieron de la predicación y la actividad de un reformador religioso que renovó la religión precedente y la liberó de sus patologías y perversiones, o de un fundador que creó una nueva religión en respuesta a los nuevos climas culturales y en lucha contra el entorno politeísta y contra las desigualdades sociales vigentes.

- El monoteísmo judío surgió primero en lucha contra los politeísmos sirio-palestinos (Éx 20,3; Dt 33,17) y, en su época tardía, en confrontación política y cultural con el politeísmo helenístico bajo el doble signo de la memoria de las víctimas y de la esperanza en un Mesías libertador

- El monoteísmo cristiano está en continuidad-discontinuidad con el judío y se afirma en un debate ideológico-político con el politeísmo heleno-romano (Jn 17,3; 1Cor 8,4.10), si bien incorpora no pocos elementos filosóficos y culturales del helenismo, bajo el signo de la opción por los excluidos.

- El monoteísmo islámico tiene su base en los monoteísmos judío y cristiano y se afirma contra el politeísmo y el animismo de la Península Arábiga, bajo el signo de la hospitalidad, imperativo ético del mundo árabe asumido como principio religioso por la religión del desierto.

Las tres son religiones nómadas e itinerantes, que surgen de un acto de migración: la hebrea, primero, de Ur de Caldea a Canaán, después de la esclavitud de Egipto a la Tierra Prometida; la cristiana, del estrecho marco étnico-cultural palestino al amplio espacio cultural mediterráneo; la islámica, de Meca a Medina, motivada por la persecución del profeta Mahoma por sus conciudadanos mequíes. Reconocen a Dios identidad personal y le atribuyen rasgos comunes: el Dios en el que creen impulsa a ponerse en camino, a no instalarse en el pasado y a emprender algo nuevo; es el Dios de la migración y de la esperanza, del éxodo camino hacia la utopía, del futuro.

Las tres afirman su exclusiva soberanía y rechazan la asociación de cualquier realidad humana o cósmica con él. El artículo fundamental de los tres credos es la fe en Dios y su exclusiva y única adoración (Sánchez Noriega, 332; Tamayo, 2009), que se expresa de manera similar en las tres religiones. La *Shemá* judía dice: “Escucha, Israel: Yahvé es nuestro Dios, sólo Yahvé. Amarás a Yahvé tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza (Dt 6,4). La unicidad divina es ratificada en el *Yigdal*, himno litúrgico que se inspira directamente en los *Trece artículos de Maimónides*: “Grande es el Dios vivo y ensalzado; existe y no tiene límites de tiempo. Es uno en su unicidad única, oculto e infinito en su unidad”.

La profesión de fe del cristianismo es formula inequívocamente por Jesús de Nazaret en respuesta a la pregunta de un escriba por el primer mandamiento de la ley de Dios, Jesús, como buen creyente judío, responde con la *Shemá* (Dt 5,4-5; Mc 12,29-34), que el propio escriba ratifica: “Muy bien, Maestro, tienes razón al decir que él es el único y que no hay otro fuera de él, y amarle con todo el corazón, con toda la inteligencia y con todas las

fuerzas, y amar al prójimo como a sí mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios". La Biblia cristiana ratifica así el monoteísmo de la Biblia judía. No se puede colocar a ídolo alguno junto a Dios, como tampoco puede ponerse a su mismo nivel autoridad alguna de este mundo ni compararse a Dios con las potencias cósmicas. El Dios de Jesús de Nazaret es el de Abraham, Isaac y Jacob (Mc 12,26-27), de las matriarcas, libertadoras, profetisas y mártires.

El islam es la religión monoteísta por excelencia, cuya confesión de fe se expresa en estos términos: "Di: 'Él es Dios, Uno, Dios, el eterno. No ha engendrado, ni ha sido engendrado. No tiene par'" (112,1-4). Ella constituye la piedra de bóveda del monoteísmo puro y constituye la mejor expresión de la unicidad de Dios. Es el núcleo central del credo islámico y la columna vertebral de la teología musulmana. Parece que la revelación de esta azora tuvo lugar durante el primer periodo de la Meca como reacción crítica contra los árabes politeístas que "atribuyen hijas a Dios y a sí mismos se atribuyen lo que desean" (16,57; cf. 37,149-153). Después fue utilizada contra los cristianos, que consideraban a Jesús de Nazaret Hijo de Dios (9,30).

En las tres religiones, el pecado mayor contra la fe es la idolatría o la asociación de cualquier ser creado con Dios su creador. En el judaísmo es la adoración a la estatuilla del Becerro de Oro; en el cristianismo la adoración al Oro del Becerro, es decir, al oro convertido en ídolo; en el islam, la asociación de Dios con realidades humanas y naturales.

6. Monoteísmo ético

El teólogo español José María Díez-Alegría definió el cristianismo como "religión *ético-profética*" y la contrapuso a las religiones ontológico-cultuales (Díez-Alegría, 1972). Tal caracterización es aplicable igualmente al judaísmo y al cristianismo. Ciertamente, los tres monoteísmos son de carácter ético. Lévinas definía la ética como filosofía primera. Lo mismo cabe decir de las religiones monoteístas: que la ética es la teología primera. En ellas Dios no es definido como "conocimiento de conocimiento", al modo griego.

El conocimiento de Dios lleva derechamente a la práctica de la justicia y del derecho, a hacer el bien y evitar el mal. Así lo entienden los profetas de Israel, que son enviados a anunciar el "Evangelio", es decir, la Buena Nueva, a vendar los corazones rotos, a pregonar a los cautivos su liberación y a los reclusos su libertad, a consolar a los que lloran, a proclamar un año de gracia y de venganza de Yahvé (Isaías, 61,1-3). La misión del enviado

de Dios es llamar a los creyentes a buscar lo justo y reconocer sus derechos a los oprimidos, hacer justicia a los huérfanos y abogar por las viudas (Isaías, 1,17).

Jesús de Nazaret, el enviado de Dios, se ubica en la tradición liberadora de los profetas de Israel. Según la carta a los Colosenses, él es la imagen visible de Dios invisible y visibiliza a Dios no mediante gestos espectaculares, que interrumpen o mutan el curso de la naturaleza, sino a través de su praxis de liberación, que se traduce en el anuncio del reino de Dios como Buena Noticia para los pobres y mala para los ricos; en la inclusión de las mujeres en su movimiento en igualdad de condiciones que los hombres y con el mismo protagonismo; en la incorporación de los paganos a su proyecto de salvación; en la curación de los enfermos como signo de liberación integral; en la acogida solidaria de los pecadores y prostitutas, excluidos de la comunidad religiosa judía; en fin, en la opción por los pobres, etc. Las Bienaventuranzas exponen los mínimos éticos de los seguidores de Jesús (Mt 5, 1-10).

El profeta Mahoma revela a Dios a través de actitudes y prácticas de hospitalidad para con los extranjeros, de protección a los huérfanos, de acogida a las viudas; en una palabra, bajo el signo de la opción por los pobres y marginados de la sociedad de su tiempo. En el islam la limosna (*zakat*) no es una acción voluntaria ni una simple recomendación; es un precepto, una obligación. La base de dicho precepto es que el ser humano no es dueño de sus bienes, sino solo administrador. La comunidad tiene derechos sobre los bienes de cada miembro y regula la cantidad que cada creyente musulmán debe aportar a la comunidad.

Ocho son los grupos de personas a quienes, según el Corán, debe destinarse el *zakat*: “sólo los pobres, los necesitados, los que se ocupan de ellas (de las ofrendas), aquellos cuyos corazones deben ser reconciliados, para la liberación de los seres humanos de la esclavitud, (para) aquellos que están agobiados por deudas, (para toda lucha) por la causa de Dios y (para) el viajero: (ésta es) una prescripción de Dios –y Dios es omnisciente, sabio” (9,60). Junto a la limosna preceptiva está la caridad como obra voluntaria, que también debe traducirse en opción por los pobres y necesitados (2,177).

El Corán ordena hacer el bien a los padres, a los parientes, a los huérfanos, a los pobres, al vecino que es de su gente y al vecino que es un extraño, al compañero que cada uno tiene al lado (la esposa o el marido), al viajero y a aquellos que “vuestras diestras poseen”, es decir, a los esclavos. En el caso de los esclavos hacer el bien consiste en liberarlos (9,60).

7. Diferencias entre los tres monoteísmos

En un primer momento Muhammad no reparó en las diferencias entre judaísmo, cristianismo e islam. Tenía conciencia de que la religión que Dios le revelaba era la religión única que antes había revelado a Abrahán, Moisés y Jesús (Corán, 42,11). Posteriormente, sin embargo, fueron apareciendo las diferencias en puntos importantes de la doctrina sobre Dios. Veamos algunas de las diferencias más significativas.

Aun cuando Yahvé es un Dios universal, aparece como un Dios étnico, como étnica es también la religión hebrea. Al-lah, sin embargo, está más allá de toda connotación étnica. Yahvé es un Dios masculino. La mayoría de los nombres o atributos que la Biblia judía le aplica llevan la marca patriarcal y androcéntrica: el Dios de los padres, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, el Campeón de Jacob, el pastor y Piedra de Israel, el Saddai (Todopoderoso), el Dios Rey, Yahvé Sebaot (Señor de los Ejércitos), el Carnero divino, el Pastor, el Padre, etc. Son

nombres todos ellos que tienen una presencia omnímoda en la teología, en el lenguaje de la predicación, y en el imaginario religioso y social de los judíos y de los cristianos. Hay, con todo, algunos textos de la Biblia hebrea que presentan a Yahvé con rasgos femeninos, por ejemplo, el profeta Isaías, que habla de las entrañas maternas de Dios-. Al-lah, sin embargo, está más allá de todo género, masculino o femenino.

La diferencia del monoteísmo cristiano en relación con el judío y el musulmán radica en la doctrina de la Trinidad. Aun cuando el dogma trinitario afirma la existencia de tres personas distintas y un solo Dios verdadero, los teólogos musulmanes creen que se trata de tres dioses. Objeción especial plantean el judaísmo y el islam a la divinidad de Cristo, ya que constituye, a su juicio, una crasa negación de la unicidad de Dios. El islam reconoce a Jesús como Palabra y Mesías, pero no como hijo de Dios.

Afirmar que Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre transgrede, a juicio de los teólogos de ambas religiones, el principio de contradicción, según el cual una misma proposición no puede ser verdadera y falsa a la vez. Para los musulmanes, el cristianismo sacrifica la lógica para mantener la fe. Además, un Dios trascendente no puede encarnarse en un cuerpo humano. En consecuencia, el islam no acepta ni la encarnación de Dios en Cristo, ni la redención de Cristo, y acusa al cristianismo de religión idolátrica.

Nada hay divino más que Dios. “Todos los que existen en el cielo y en la tierra no son más que servidores del muy Misericordioso” (Corán, 20,94). El jurista cordobés Ibn Hazm (994-1065), uno de los grandes especialistas de su tiempo en religiones comparadas, preguntaba a los cristianos que afirman que el Creador es tres cosas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, si esas tres cosas son eternas y si las tres son una y la misma cosa: “¿En virtud de qué razón merece una de

ellas ser llamada Padre y la segunda Hijo, si vosotros mismos decís que todas tres son una y sola cosa, y que cada una de ellas es la otra, de modo que el Padre es el Hijo y el Hijo es el Padre? ¡Esto, en verdad, es la confusión personificada!” (cita en Asín Palacios, 1984, 153). El Corán critica el culto a los ángeles y a otros intercesores (10,9) y acusa a los cristianos de estar divididos en sectas.

Las tres religiones del libro atribuyen carácter personal a Dios, que impide su reificación, y subrayan, como vimos anteriormente, la soberanía absoluta de Dios. Pero en cada una tiene matices peculiares. El judaísmo acentúa la dimensión ética; el cristianismo subraya el amor a los enemigos; el islam destaca la obediencia a Dios. El cristianismo llama a Dios Padre. La Biblia cristiana llama a los cristianos hijos de Dios, si bien diferenciando su filiación de la de Jesús. El judaísmo utiliza pocas veces la imagen de Padre referida a Dios y los judíos no se dirigían a Dios con ella. El Corán no la utiliza nunca.

8. ¿Monoteísmo o monolatría?

Llegados aquí la pregunta a plantear es si las tres religiones del libro son realmente monoteísmos o, más bien, hay que hablar de monolatría. La diferencia no es irrelevante. Centrándonos en el judaísmo puede afirmarse que su monoteísmo no excluye la existencia de otros dioses, como se pone de manifiesto en el primer mandamiento: “No tendrás otros dioses fuera de ti” (Éx 20,2; cf. Dt 5,6-6). Se da por supuesta la existencia del politeísmo en su entorno cultural y no se afirma la existencia de un único y solo Dios.

El primer mandamiento sólo exige culto a Yahvé (Éx 20,5; Dt 5,9). En algunas ocasiones, Dios fue venerado en Israel junto con una diosa consorte. Así sucedió durante el reinado de Manasés que, “reconstruyó los santuarios que su padre Ezequías había destruido; erigió altares dedicados a Baal y fabricó un cipo sagrado como había hecho Ajab, rey de Israel. Se postraba ante todo el ejército de los cielos al que rendía culto, y construyó altares en el templo de Yahvé, del que Yahvé había dicho: ‘En Jerusalén estableceré mi nombre’. Construyó altares a todo el ejército de los cielos en los dos patios del templo de Yahvé. Arrojó a su hijo a la pira de fuego; practicó la adivinación y la magia, consultó adivinos y nigromantes; se excedió en hacer lo malo a los ojos de Yahvé, provocando su cólera. Fabricó la imagen esculpida de Aserá (diosa cananea) y la instaló en el templo del que Yahvé había dicho a David y a Salomón, su hijo: ‘En este templo y en Jerusalén...estableceré mi Nombre para siempre’” (2 Re 21,1-7)” (Wacker, 2009, 24ss).

Coincido con Marie-Theres Wacker en que Éx 20,2-3 y Dt 5,6-7 son confesiones de fe que defienden una monolatría (no un monoteísmo) ética y sociológica, no fanática, con una profunda carga política, ya que recuerdan la salida de Egipto, se oponen a todo colonialismo y expresan la fe en Dios como liberador y contrario a la esclavitud. Pero, a su vez, esta monolatría aplica a la relación entre Dios e Israel el modelo político de sometimiento neo-asirio.

Con el comienzo de la era monárquica la monolatría sufre una importante transformación y adopta un tono integrador al incorporar a los dioses venerados en Jerusalén. La tradición profética atribuye a Dios caracteres femeninos (Is 46,3s; 49,15; 66,13; Os 11). Una nueva forma de integración tiene lugar en la época del segundo Templo, tras la vuelta del exilio de Babilonia, que desemboca en un monoteísmo no monolítico.

La tradición sapiencial incorpora nuevos rasgos en la imagen de Dios. Personifica a la Sabiduría como deidad consorte que está presente junto a Dios en la creación del mundo (Eclo 24,1ss). La Sabiduría es definida como “un soplo del poder de Dios, una emanación pura de la gloria del Omnipotente”. Se le aplican los atributos divinos: “todo lo puede..., renueva el universo..., es más bella que el sol y supera a todas las constelaciones; comparada con la luz, sale ganando, porque la luz da paso a la noche, pero a la sabiduría no la domina nadie.

La sabiduría se propaga de uno a otro confín y gobierna todo con acierto (Sab 7,24-8,1). En ella hay “un espíritu inteligente, santo. Único, múltiple, sutil, ágil, perspicaz, inmaculado, claro, impasible, amante del bien, agudo, libre, bienhechor, filántropo, firme, seguro, sereno, que todo lo puede, todo lo controla y penetra en todos los espíritus, los inteligentes, los puros, los más sutiles” (Sab 7, 22-23).

El reconocimiento de la existencia de otros dioses junto a Yahvé queda patente en otros momentos de la historia de Israel y en diferentes tradiciones literarias hebreas. Un ejemplo es el salmo 82, que tiene un dinamismo monoteísta en un contexto politeísta: “Dios se alza en la asamblea divina, para juzgar en medio de los dioses. ¿Hasta cuándo juzgaréis injustamente y haréis excepción de los malvados? ¡Defended al débil y al huérfano, haced justicia al humilde y al pobre!; liberad al débil y al indigente, arrancadle de la mano del malvado! No saben no entiende, caminan a oscuras, vacilan los cimientos de la tierra,. Ya lo había dicho: Vosotros sois dioses, todos vosotros, hijos del Altísimo. Pero ahora moriréis como el hombre, caeréis como un príncipe cualquiera. ¡Álzate, oh Dios, juzga la tierra, pues tu eres el señor de las naciones” (Salmo 82,1-8).

El criterio que establece este salmo para reconocer la divinidad de un dios y excluirla del resto de los dioses no es militar o cósmico, es decir, no consiste en su capacidad para

desplegar el poder y la fuerza violentamente en la guerra y derrotar a los enemigos, como tampoco hacerse visible de manera espectacular en el cosmos, sino su actitud ética ante las personas y los grupos más vulnerables de la sociedad, es decir, hacer justicia y sostener el derecho de los débiles, liberar al débil y al indigente. “El que no cuida el derecho de los humildes –comenta Marie-Theres Wacker- no puede llamarse Dios” (Wacker, 2009, 33).

Similar es la reconstrucción del proceso evolutivo del politeísmo al monoteísmo, pasando por el henoteísmo y la monolatría, que hace el egiptólogo Jan Assmann. El egiptólogo cree que el monoteísmo, entendido como la adoración exclusiva de un Dios único y el rechazo de la existencia de otros dioses, salió del politeísmo de las primeras religiones orientales y pasó por etapas intermedias: el henoteísmo, que singulariza a un solo Dios más allá de los otros dioses, y la monolatría, que consiste en la adoración de un solo Dios sin negar la existencia de otros dioses (Assmann, 2014, 45).

Basándose en fuentes literarias y arqueológicas, Assmann afirma que el Dios de Israel era al principio “un jefe de panteón”, que estaba por encima de los otros dioses. Lo que la Biblia presenta como una recaída en el paganismo debe comprenderse como la religión oficial de Israel. La existencia de otros dioses era admitida e incluso explícitamente presupuesto”. El monoteísmo judío surgió lentamente atendiendo a las presiones políticas entre los siglos VIII y V, se articuló a partir del Deutero-Isaías y se impuso más tarde. Assmann confirma que en textos importantes de la Biblia hebrea lo que se defiende no es el monoteísmo, sino la monolatría.

9. Diálogo, libertad religiosa y paz

Entre los valores que fomenta la ética de las tres religiones cabe citar los siguientes, si bien olvidados con frecuencia: la hospitalidad, el diálogo, la libertad religiosa, la libertad de conciencia y la paz. Sirvan algunos textos pertenecientes a las tres tradiciones en los que aparecen dichos valores:

Escribe M. J. Bin Gorion: “La casa de Abraham estaba abierta a todos los hijos de los hombres, a los que iban de paso y a los que regresaban a sus hogares. Todos los días algunos de ellos se detenían a comer y beber en casa de Abraham. A los hambrientos él les daba pan, y el huésped comía, bebía y se saciaba. Al que llegaba desnudo a su casa, él lo vestía y le contaba cosas de Dios, el Hacedor del mundo” (Bin Gurion, 1938, 268).

Leemos en la carta de Pablo de Tarso a los Romanos: “Como dice la Escritura: ‘Te he constituido padre de muchos pueblos’, y lo es ante Dios en quien creyó, el Dios que da vida a los muertos y llama a la existencia a las cosas que no existen” (Rom 4.17).

Dice el Corán: “¡Gente de la Escritura! ¿Por qué disputáis de Abraham, siendo así que la Torá y el Evangelio no fueron revelados sino después de él? ¿Es que no razonáis?... Abraham no fue judío ni cristiano, sino que fue *hanif*, sometido a dios, y no pagano” (Corán, 3,65-67). “No haya coacción en religión (Corán 2,256). “Y di: La verdad viene de nuestro Dios. Quien quiera creer, que crea, y quien quiera negarse a creer, que no crea” (Corán 18,29). “Nadie está para creer si Dios no lo permite. Y se irrita contra los que no piensan” (Corán 10,100).

Estos textos contienen los principios éticos y los criterios por los que han de regirse las relaciones entre las tres religiones: acogida y hospitalidad; solidaridad con las personas más vulnerables, diálogo y no enfrentamiento; libertad religiosa; libertad de conciencia; equilibrio entre fe y razón e incluso prioridad de la razón sobre la creencia; no credulidad, sino fe crítica.

Coincido con Karl Joseph Kuschel en que en el origen de las tres religiones monoteístas “hay un manantial de paz, que el fanatismo y el exclusivismo de todas las partes han intentado y siguen intentando cegar. Y ese manantial se llama *Abrahán*...se llama: Abrahán, Agar y Sara, figuras ancestrales de las tres religiones: judaísmo, cristianismo e islam” (Kuschel, 1996, 8-9). Las tres religiones no han agotado todavía sus *energías de paz*, quizás ni siquiera las han descubierto, enredadas como están en conflictos internos, en confrontaciones políticas y en enfrentamientos mutuos. La actual discordia que reina en la casa de la Abrahán, en los distintos miembros de la familia abrahámica, debe superarse y sustituirse por la reconciliación.

Ya sucedió, en vida de Isaac e Ismael. Recordemos la historia que cuenta la Biblia hebrea (Gn 16,1ss). Saray, la mujer de Abrahán, no le daba hijos, y le dice a su esposo que llegue a Agar, la esclava egipcia que tenía, para “tener hijos de ella”. Cuando la esclava queda embarazada, mira a Saray con desdén y ésta empieza a maltratarla. Huye de casa de Abrahán y llega a una fuente que manaba en el desierto, donde la encuentra el Ángel de Yahvé, quien le manda volver a casa y someterse a su ama., y le hace un anuncio esperanzador: “Multiplicaré de tal modo tu descendencia que por su gran multitud no podrá contarse... Darás a luz un hijo, al que llamarás Ismael” (Gn 16,9-11). Nace el hijo, al que llama Ismael. Siendo muy anciana, Saray queda embarazada y da a luz a Isaac. Los dos

hermanos jugaban juntos. Lo que incomoda a Saray, quien expulsa a Agar e Ismael (21, 8ss).

Las relaciones entre los dos hijos de Abrahán no eran precisamente amistosas, sino muy tensas. Pero lograron unirse junto al cadáver de su padre y, juntos, le sepultaron en la cueva de Macpela en Hebrón, la misma que había comprado Abrahán, cuando murió su mujer Sara, como panteón familiar (25,7-11).

10. La hospitalidad, regla fundamental de humanización e imperativo ético de las religiones monoteístas

Vamos a centrarnos ahora en la hospitalidad. Comenzamos por decir que la hospitalidad es *exigencia de humanidad*, tanto para quien recibe como para el que es recibido, y exige a ambos que sean ante todo humanos y renuncien a su inhumanidad. Se sitúa más allá del etnocentrismo. No conoce límites ni fronteras. Comporta acoger al prójimo, al vecino, al compañero, al amigo, al pariente, pero también al extraño, al lejano, al desconocido, al extranjero y, en nuestro caso, al inmigrante. Todos ellos entran en mi mundo y se convierten en prójimos-próximos.

Como recuerda Fernando Savater en el epílogo de la 35 edición de *Ética para Amador*, la palabra “huésped” en la lengua castellana significa tanto la persona que se aloja en casa de otro como el otro que lo acoge en su casa (Savater, 2000, 186-189). Todos somos forasteros acogidos en una casa que no es la nuestra y anfitriones que acogemos a otros. Nacer es llegar a un país extranjero. Sin la hospitalidad de los otros, no podríamos vivir. Sin nuestra hospitalidad tampoco podrían vivir quienes llegan a la vida después de nosotros. Todos somos inmigrantes en la tierra. Por eso hemos de tratar a los demás como desearíamos ser tratados, no como a nosotros nos tratan o nos trataron.

Toda la ética, a juicio de Savater, “puede resumirse en respetar las leyes no escritas de la *hospitalidad*: en todas las épocas y latitudes, portarse hospitalariamente con quien lo necesita –y por ello se nos asemeja- es ser realmente humano” (Savater, 2000, 187).

La hospitalidad entre los seres humanos exige no sólo la acogida del otro, de la otra, como hermano, como hermana, sino tener la casa abierta y siempre preparada para recibirlo. La Naturaleza es la casa, el hogar donde vivimos. Por ello hay que respetarla, cuidarla, no destruirla. Sin embargo, la actitud hacia la naturaleza es, con frecuencia, iconoclasta, demoledora. El ser humano, nacido para cultivar celosamente la Tierra, se ha convertido en

Satán de la Tierra, en bio-cida y geo-cida, en homi-cida y etno-cida, afirma con razón Leonardo Boff.

La hospitalidad exige evitar el dispendio de los recursos naturales, que son limitados, proteger el medio ambiente y no someterlo a los mecanismos de opresión. Si los seres humanos tenemos nuestros derechos, también la naturaleza los tiene, y deben ser respetados. Y cuanto más los respetemos más armónicamente viviremos en y con ella.

La hospitalidad hacia el extranjero es también *principio ético de las religiones* (Béthune, 2009). Vamos a centrarnos en la religión judía, en el mensaje y la práctica de Jesús de Nazaret para con los extranjeros y en islam, que, por su sentido humanitario, pueden servir de importante referente en la elaboración de leyes de inmigración.

Israel considera la hospitalidad con el extranjero un deber natural y un valor social fuertemente arraigado (cf. Génesis 18,1-6; 19,1-11; Jueces 19,1-30; Segundo Libro de Samuel 12, 4; Segundo Libro de los Reyes 4,8-11; Job 31,31-32). Su incumplimiento era castigado con especial severidad. Amén de actitud natural, está inscrita en la propia cultura semita y es elevada a la categoría de regla escrita con rango de *imperativo categórico*: obliga siempre y no admite ninguna excepción. Constituye un ejemplo humanitario para las distintas leyes de extranjería de las sociedades democráticas.

Aparece en los diferentes textos legales. La legislación protege especialmente los derechos de tres grupos de personas que viven en situación de desprotección: los huérfanos, las viudas y los extranjeros. Quienes defraudan a esos tres colectivos son declarados malditos: “Maldito quien defraude de sus derechos al emigrante, al huérfano, a la viuda. Y el pueblo a una responderá: ‘Amén’” (Deuteronomio 27,19).

Al emigrante se le reconoce igual dignidad que al israelita y, a partir de esa igualdad, la ley ordena amarlo como a uno mismo: “(el emigrante) será para vosotros como el indígena: lo amarás como a ti mismo” (Levítico 19,34). Dicho reconocimiento se basa en cuatro razones de fondo. La primera es *histórica*: remite a la experiencia de extranjería vivida por los hebreos en Egipto: “No oprimirás ni vejarás al extranjero porque emigrantes fuisteis vosotros en Egipto” (Éxodo 22,20; Levítico 19,33-39; Números 15,15; Deuteronomio 10,19).

La segunda razón es *antropológica*: la igualdad de todos los seres humanos, sean nativos o no (Deuteronomio 24,14). La tercera es *teológica*: apela a la protección y al amor especiales que Dios ofrece al extranjero, al huérfano y a la viuda: “Dios... no es parcial ni acepta soborno, hace justicia al huérfano y a la viuda, ama al extranjero dándole pan y

vestido” (Deuteronomio 10,18). La cuarta radica en que la tierra de Canáan es de Dios y nadie puede apropiarse de ella.

La legislación hebrea establece normas de protección de los emigrantes para evitar los abusos que se cometen con ellos: opresión y vejaciones, explotación en la actividad laboral; discriminaciones en los tribunales, así como garantizar el descanso semanal y el cobro del salario diario (Éxodo 22,20; 23,9-10). En Deuteronomio 24,15 leemos “No explotarás al jornalero pobre y necesitado, sea hermano tuyo o emigrante que resida en tu tierra, en tu ciudad” (Deuteronomio 24,14). Ordena pagarle el salario diario por su trabajo, ya que lo necesita para vivir (Deuteronomio 24,15).

La práctica de la hospitalidad se encuentra en el centro de la predicación y de la vida de Jesús y en su movimiento de seguidores y seguidoras. A lo largo de su vida itinerante de aldea en aldea, Jesús es *acogido en repetidas ocasiones como huésped* en casa de Pedro y Andrés (Marcos 1,22 ss), de Leví el recaudador de impuestos (Marcos 2,15ss), de un fariseo, donde una mujer le perfuma (Lucas 7,36 ss), de Marta y María, hermanas de Lázaro (Lucas 10,8ss).

Las parábolas se refieren a la hospitalidad. En una de ellas, quizá la más emblemática del evangelio, presenta a un Samaritano que atiende a una persona malherida como ejemplo de acogida y de com-pasión para con el prójimo en apuros (Lucas 10,25ss). Pide que se acoja de manera hospitalaria a los discípulos que predicán la Buena Noticia de la liberación por los pueblos y las ciudades de Israel (Mateo 10,11ss; Lucas 15,5ss).

Uno de los momentos claves de la enseñanza de Jesús en torno a la acogida a los inmigrantes es el discurso de Juicio Final recogido en el evangelio de Mateo (25,31-46), que González Ruiz llama “el discurso de los ateos”. Ahí aparece cuatro veces la palabra *xenos* (= extranjero). La identificación de Jesús de Nazaret en este discurso con los hambrientos, los sedientos, *los extranjeros*, los harapientos, los enfermos y los presos, es total, y llega hasta el punto de que negar la hospitalidad, el alimento y la bebida a las personas marginadas es negársela a Cristo, y acoger a los extranjeros, vestir al desnudo, dar de beber al sediento y de comer al hambriento es lo mismo que acoger a Cristo.

La vida de Jesús se caracteriza por la itinerancia y el permanente peregrinaje de Galilea, región pobre, rebelde, revolucionaria, a Judea, centro religioso y político del judaísmo, con su capital en Jerusalén, donde fue crucificado. Jesús renuncia a un lugar fijo de residencia. Los caminos son su lugar natural. John Dominic Crossan lo compara con los filósofos cínicos griegos y lo presenta como un “campesino judío” (1994; 1998). Más aún, vive en constante huida.

El Corán ordena acoger a las mujeres creyentes que han emigrado por causa de su fe, y no devolverlas a los infieles (60,10). Los musulmanes pueden casarse con ellas, a condición de que les entreguen la dote. De esta manera se pone en práctica la ley de la reciprocidad. Tras la conquista de Meca, hubo muchas personas, hombres y mujeres, que se convirtieron al islam.

El libro sagrado de los musulmanes también manda acoger a los emigrados expulsados de sus hogares y despojados de sus bienes buscando satisfacer a Dios (59,8) (se refiere a los musulmanes de La Meca refugiados en Medina, a quienes hay que procurar una buena situación, 16,41). Los creyentes que emigraron y combatieron con su hacienda y sus personas por la causa de Dios y los que les dieron refugio y auxilio, son amigos unos de otros. Los creyentes que no emigraron no serán amigos hasta que emigren (8,72-75). Los emigrados por Dios, que mueren: será premiados por Dios con el paraíso (22,58-60).

En la Declaración Islámica Universal de los Derechos Humanos, proclamada el 19 de septiembre de 1981 en la sede de la UNESCO por el Secretario General del Consejo Islámico para Europa, se reconoce el derecho de asilo (art. IX): “Toda persona perseguida u oprimida tiene el derecho de buscar refugio y asilo. Este derecho está garantizado a todo ser humano, sea cual fuere su raza, su religión, su color o su sexo. La casa sagrada de Al-lah (en árabe, Al-Masjid al-Haram) en la Meca es un refugio para todos los musulmanes”.

11. El paradigma Córdoba

Las reflexiones anteriores nos llevan a la experiencia vivida en Córdoba en uno de los periodos más brillantes de nuestra historia, que el filósofo iraní Ramin Jahanbegloo ha definido como “Paradigma Córdoba” (Jahanbegloo, 2007; 2010). Jahanbegloo se refiere a la experiencia andalusí como uno de los ejemplos paradigmáticos de alianza mediterránea, que tuvo lugar en un lugar, Córdoba, y en un momento de la historia especialmente complejo, siglos IX-XI, a través de la convivencia de las tres religiones monoteístas. Analicemos el significado de dicha experiencia (Monclús, 2009; Monclús, 2010; Monclús, Corral, Tamayo, 2012).

La experiencia andalusí desarrolló una cultura del reconocimiento del pluralismo como pilar filósofo y político para el diálogo inter-cultural y consiguió logros importantes. El primero, la creación de un foro cosmopolita para estudiosos e investigadores de las diferentes disciplinas; el segundo, trasladar el conocimiento helenístico a la Europa medieval, clave del comienzo del Renacimiento europeo (Jahanbegloo, 2007, 68). ¡Lástima que, como decía Montesquieu, los

musulmanes que transmitieron las ciencias a Occidente, no se beneficiaran luego de lo mucho que nos aportaron! El tercero, la creación de un espacio donde se compaginaban lo universal y lo particular, de una aspiración a lo universal no fagocitando lo particular sino a partir del respeto por la diferencia, en palabras de Jahanbegloo, la creación de “una sociedad simbiótica y plural”.

La experiencia andalusí del Paradigma Córdoba fue un momento de grandes avances científicos, técnicos y cívicos. Mientras Europa estaba a oscuras al anochecer, Córdoba, la capital del Imperio musulmán español, contaba con un excelente alumbrado público. Mientras los europeos se lavaban en los ríos y los lagos, los habitantes de la España musulmana contaban con más de un millar de baños. Mientras las calles de las ciudades europeas estaban embarradas, las de Córdoba gozaban de un empedrado muy firme. La nobleza europea era analfabeta, mientras los niños de Córdoba iban a la escuela. Los maestros de Córdoba crearon una biblioteca de doscientos mil volúmenes de ciencia, arte, derechos, filosofía, etc.

La experiencia andalusí no puede considerarse fracasada ni finiquitada. Es crucial para el mundo de hoy por tres razones. La primera es el nivel de civilización alcanzado en al-Andalus. Córdoba era entonces la ciudad más avanzada del continente. El islam medieval consiguió las más altas cotas de grandeza en la mayoría de los campos del saber y del quehacer humano: filosofía, arquitectura, matemáticas, astronomía, medicina, poesía, teología, etc. La segunda: al-Andalus fue depositario del saber y de la ciencia de la Grecia antigua y el eje de transmisión de dichos conocimientos a Occidente, que estaba bajo el dominio y la influencia del cristianismo.

12. Averroes y Maimónides: en defensa de la racionalidad, del pluralismo y de las mujeres

La tercera razón es que en ese momento la cultura andalusí era reconocida y valorada por su pluralismo religioso y por su alto grado de respeto al mismo. Se puede apreciar en Averroes y Maimónides, los dos filósofos mayores de al-Andalus. Ellos pusieron de manifiesto, con su vida y su obra, que la búsqueda de la pluralidad y la superación del fanatismo deben ser la guía de la vida de los seres humanos. Para Averroes, la única forma de dar sentido a la realidad era mediante el incremento del conocimiento racional.

Averroes considera la ilustración del pueblo y la igualdad entre hombres y mujeres como condiciones necesarias para el progreso y la convivencia armónica. Cabe subrayar su cuestionamiento de la estructura patriarcal de la sociedad, la denuncia de la marginación de la que eran objeto las mujeres en la sociedad islámica y la defensa de su incorporación a la vida cívica y política. La sociedad desconoce las habilidades de las mujeres, las convierte en servidoras del marido, las utiliza solo para la procreación y las considera inútiles para otras actividades. Con

dicha marginación, la sociedad lo único que logra son pérdidas. Así las cosas, Averroes expresa su escepticismo ante la posibilidad de construir una sociedad justa. El texto es bien ilustrativo:

“Nuestro Estado social no deja ver lo que pueden dar de sí las mujeres. Parecen destinadas exclusivamente a dar a luz y amamantar hijos, y este estado de servidumbre ha destruido en ellas la facultad de las grandes cosas. He aquí *por qué* no se ve entre nosotros mujer alguna dotada de virtudes morales: su vida transcurre como la de las plantas, al cuidado de sus propios maridos. *De aquí* proviene la miseria que devora nuestras sociedades porque el número de mujeres es doble que el de los hombres y no pueden procurarse lo necesario para vivir por medio del trabajo” (*apud* 2005, 78).

En este texto Averroes muestra una gran sintonía con el Corán, que el feminismo islámico actual considera la carta magna de los derechos humanos y muy especialmente de los derechos de la mujeres. El filósofo andalusí se adelanta en seis o siete siglos a las críticas de los feminismos de la Ilustración europea contra la naturalización de los géneros y la división sexual del trabajo, así como en la defensa de la igualdad de los hombres y de las mujeres.

El islam constituyó un avance significativo en el reconocimiento de la dignidad de la mujer en relación con la época anterior. Más aún, vino a sustituir el sistema sociocultural sexista vigente en la Arabia preislámica por un sistema humanitario capaz de integrar a las distintas minorías discriminadas: a las mujeres, a las niñas y los niños huérfanos, a los esclavos, etc. Numerosos son los textos del Corán que reconocen igualdad de derechos y deberes a los hombres y a las mujeres.

Averroes afirma expresamente que la inferioridad de las mujeres no es algo connatural y que su situación marginal en la sociedad de su tiempo no se debía a causas biológicas, sino, como interpreta correctamente Celia Amorós, “a causas sociales estructurales” (Amorós, 2009, 204). El comentarista de Aristóteles se distancia aquí de su maestro, para quien “...el macho es por naturaleza superior y la hembra inferior; uno gobierna y la otra es gobernada; este principio de necesidad se extiende a toda la humanidad” (*Política*, 1254b13-15). Averroes sigue la orientación del libro V de la *República*, de Platón, y no la *Política*, de Aristóteles.

La mujer según Averroes, comenta Nieves Fernández, es “semejante al varón, debe participar necesariamente del fin último del hombre. Si la naturaleza de la mujer y del varón es la misma y toda constitución es de un mismo tipo debe dirigirse a una concreta actividad social, resulta evidente que en dicha sociedad la mujer debe realizar las mismas labores que el varón. Del mismo modo, cuando algunas mujeres han sido bien educadas y poseían disposiciones sobresalientes, no ha resultado imposible que lleguen a ser filósofas y gobernantes (*apud* Amorós, 2009, 254). Manuela Marín da un paso más en su interpretación y muestra cómo Averroes establece una relación directa entre el desarrollo de las mujeres y el de las ciudades.

Las diferentes culturas no tienen por qué ser excluyentes ni arrogarse superioridad unas sobre otras. Tiene que existir un mutuo aprendizaje entre ellas. Maimónides, por ejemplo, recibió la influencia de los filósofos musulmanes y hoy es leído en el mundo islámico como si fuera un filósofo musulmán (Targarona Borrás, 2009; 2012; Leo Strauss, 2012). Propuso una teoría de la moderación y de la armonía alejada de las posiciones extremas.

Hermann Cohen le define como “el clásico del racionalismo” en el judaísmo. Definición que comparte y confirma Leo Strauss: “el racionalismo de Maimónides es el modelo verdaderamente natural, la pauta que se debe preservar con cuidado de toda falsificación y, por tanto, la piedra con la que tropieza el racionalismo moderno” (Strauss, 2012, 45).

Defiende la plena armonía, adecuación y convergencia entre la fe judía y la filosofía, entre la Torah y la razón. La Torah contiene las verdades filosóficas accesibles a la razón humana. Hay coincidencia entre el pensamiento aristotélico y los presupuestos de la fe judía. Más aún, Maimónides torna uno el doble saber de la Torah y de Aristóteles y lo convierte en ideal de la perfección humana. Ahora bien, para que el ser humano logre la plenitud de la perfección, necesita renunciar a la superstición y a la ignorancia, recurrir a la razón, cultivar la filosofía y juzgar con amplio corazón. En suma, “el ser humano –afirma- no debe jamás dar la espalda a la razón, pues nuestros ojos miran hacia adelante, y no hacia atrás” (Targarona, 2009, 26).

El resultado del diálogo filosófico, intercultural e interreligioso llevado a cabo entonces fue una sociedad abierta, más allá de la religión y de la cultura de cada uno, en la que compartieron religión y revelación, filosofía y teología, fe y razón, ciencia y cultura, arte y derecho. Los elementos comunes fueron el humanismo religioso, el racionalismo y la investigación científica, que dieron lugar a un pensamiento crítico y a una filosofía crítica de la religión.

“El paradigma de Córdoba –afirma Jahanbegloo- pone de relieve las posibilidades de un intercambio dialógico en el que puedan vivir unas al lado de otras personas de religiones y culturas diferentes, capaces de encontrar terrenos y valores comunes sin odiar aquello que no son; pero también pone de manifiesto la fortaleza de la diversidad de la identidad europea, una fortaleza que podría fomentar mayores trasvases entre las civilizaciones islámica y europea a ambos lados del Mediterráneo. La experiencia andalusí simboliza la capacidad universal de las culturas para relacionarse entre sí” (Jahanbegloo, 2010, 57). Coincido con él en que la “‘solidaridad de las diferencias’ en Europa puede aprovechar los recursos históricos de la excepción española” y en que “el paradigma Córdoba parece muy adecuado en la actual situación de Europa” (Jahanbegloo, 2010, 58).

13. Encuentro entre la filosofía y la mística: Averroes e Ibn Arabi

Emblemático me parece el encuentro que tuvo lugar en Córdoba entre las tradiciones mística y filosófica, ejemplificado en la entrevista del filósofo consagrado Averroes y el joven místico murciano Ibn Arabi, que éste describe con todo lujo de detalle y que recoge (Asín Palacios, 1990, 24-26).

Desde muy joven Ibn Arabi se inició en los misterios de la mística. Averroes, llevado por la curiosidad y por el deseo de estudiar un caso tan peculiar, pidió al padre de Ibn Arabi, íntimo amigo del filósofo, entrevistarse con su hijo. El padre accedió y el joven fue a visitar a Averroes a su casa. Este le recibió con grandes muestras de cariño y consideración, le abrazó y le dijo: “Sí”. Ibn Arabi le contestó con el mismo monosílabo: “Sí”. La respuesta agradó al filósofo por entender que le había comprendido. Ante las muestras de alegría, el joven místico dijo “No”, lo que entristeció a Averroes y empezó a dudar de la verdad de su propia doctrina.

A renglón seguido el filósofo le hizo dos preguntas cargadas de profundidad: “¿Cómo, pues, encontráis vosotros resuelto el problema, mediante la iluminación y la inspiración divina? ¿Es acaso lo mismo que a nosotros nos enseña el razonamiento?”. La respuesta de Ibn Arabi fue pronta: “Sí y no. Entre el sí y el no, salen volando de sus materias los espíritus y de sus cuerpos las cervices”. Ante dicha contestación Averroes palideció y mostró su estupor “como si hubiese penetrado el sentido de mis alusiones”, matiza Ibn Arabi.

La conclusión que Averroes sacó del caso tan peculiar del joven místico fue la siguiente: “Es este un estado psicológico cuya realidad nosotros hemos sostenido con pruebas racionales, pero sin que jamás hubiésemos conocido persona alguna que lo experimentase. ¡Loado sea Dios que nos hizo vivir en un tiempo en el cual existe una de esas personas dotadas de tal estado místico, capaces de abrir las cerraduras de las puertas y que además me otorgó la gracia especial de verla con mis propios ojos”.

Arabi no volvió a reunirse con el filósofo cordobés, hasta su muerte, que tuvo lugar en Marruecos y cuyos restos fueron trasladados a Córdoba, donde se encuentra su sepulcro. El místico murciano asistió a su entierro y cuenta que fue transportado sobre una bestia de carga con el ataúd en un costado y sus obras, como contrapeso, en el otro. Ibn Arabi comentó para sus adentros: “A un lado va el maestro y al otro van sus libros. Mas dime: sus anhelos, ¿viéronse al fin cumplidos?”.

14. La Ilustración en Al Ándalus

Europa no tiene el monopolio de la Ilustración. Todas las culturas poseen vetas y caminos de Ilustración que es necesario recuperar y poner en contacto para conformar el rico patrimonio cultural de la humanidad que se caracteriza por su desbordante creatividad y su enriquecedora diversidad. Como reconoce Célia Amorós, en las sociedades no occidentales se producen, en ciertos momentos históricos, problematizaciones de las bases de legitimación de los poderes por la emergencia de nuevos actores vinculados a determinadas transformaciones del saber científico (Amorós, 2009, 209).

A la consideración anterior hay que añadir otra que subraya Mohammed Abeb Al-Yabri. No existe una sola modernidad a escala planetaria. Hay múltiples y plurales modernidades que difieren de un lugar y de un tiempo a otro, pero que tienen también algunos elementos comunes como el espíritu crítico, la valoración del propio pasado bajo mediaciones selectivas reflexivas, una autonomía y emancipación de lo secular de la tutela religiosa y cierto “desencantamiento del mundo” (Al-Yabri, 2001a; 2001b).

Una de esas modernidades es la árabe y dentro de ella, la desarrollada en al-Ándalus, que dio lugar a un pensamiento andalusí caracterizado por la creatividad y el sentido crítico en todos los ámbitos del saber y del quehacer humano: filosofía, derecho, teología, mística sociología, filología, economía, ciencias, artes, etc., del que bebió durante varios siglos la cultura europea. La modernidad árabe no puede construirse desde fuera, es decir, desde otras modernidades, ha de partir del espíritu crítico presente en la propia cultura árabe.

La Ilustración en al-Ándalus fue un verdadero Renacimiento que nada tuvo de milagroso, ni surgió por azar, sino que fue resultado de una rigurosa reflexión interdisciplinar, intercultural y cosmopolita. Parafraseando a Karl Vossler, Emilio González Ferrín habla de Al Ándalus como “primer renacimiento europeo”, destacando precisamente su carácter “europeo”, que suele negarse o excluirse injustamente por expresarse en árabe (González Ferrín, 2006, 302).

No debe olvidarse que la disolución de al-Ándalus tiene lugar al transmitir sus grandes logros al nuevo tiempo ilustrado que se abría en Europa a finales del siglo XV y principios del siglo XVI: el Renacimiento. “El tiempo euro-árabe de al-Ándalus fue el eslabón entre el helenismo fertilizado con más Oriente y la Europa de tantas luces” (González Ferrín, 2007, 18 y 208).

A las dos consideraciones anteriores hay que sumar una tercera. No existen culturas pasivas y culturas activas, como tampoco culturas aisladas y solipsistas. Entre unas y otras culturas se producen relaciones fluidas, interacciones, cruces, mestizajes, interferencias, préstamos, choques, enfrentamientos, rivalidades ideológicas. Pero esos factores, lejos de generar parálisis y actitudes

de autodefensa, constituyen otros tantos elementos de enriquecimiento y de creación de inter-identidades.

15. Aportaciones y carencias del Paradigma Córdoba

En síntesis, podemos decir que las aportaciones de los musulmanes a la cultura española fueron de gran relevancia en todos los campos: arquitectura, medicina, urbanismo, derecho, filosofía, ciencia, agricultura, economía, filología, etc. Se produjo una buena integración de árabes y beréberes, de una parte, y de éstos con los descendientes de los celtíberos, por otra. Los propios mozárabes, según el historiador norteamericano Thomas E. Glick, al emigrar hacia el Norte, se caracterizaban por una fuerte arabización e islamización (Glick, 1991).

Pero también hubo importantes carencias del islam hacia los cristianos que vivían en sus reinos, entre las que, siguiendo a Baldeón Baroque, cabe destacar las siguientes: contraste entre los sectores aristocráticos, pertenecientes al mundo árabe, y el pueblo, formado en su mayoría por los antiguos hispano-visigodos; imposición de varios tributos a los cristianos y judíos; existencia de un sistema de esclavitud, que afectaba a esclavos procedentes de África negra y de Europa oriental. Había también muchas mujeres esclavas (Baldeón Baroque, 2006, 31).

A estas carencias cabe sumar otra, no menos importante: la minusvaloración y el desprecio hacia las mujeres, así como su invisibilización y exclusión del espacio público, según el testimonio antes citado de Averros. El testimonio del filósofo, teólogo y jurista Ibn Haz de Córdoba en su obra *El collar de la paloma* no puede ser más elocuente al respecto:

“Yo he tratado a las mujeres en su intimidad y por eso estoy tan enterado de sus misterios, que de ellos sé lo que quizá no sepa ningún otro hombre, porque yo me crié dentro de sus habitaciones privadas y me eduqué con ellas, sin conocer más personas que mujeres, sin tratar con hombres hasta que llegué a la edad de la juventud. El espíritu de las mujeres está vacío de toda idea que no sea la de la unión sexual y de sus motivos determinantes, la de la galantería erótica y sus causas, la del amor en sus varias formas. De ninguna otra cosa se preocupan, ni para otra cosa han sido creadas” (Hazm de Córdoba, 2007, *apud* Baldeón Baroque, 2006, 31).

16. Mediterráneo: mar de solidaridad

Las aguas del Mediterráneo vienen hoy teñidas de sangre y portan cadáveres. Sus olas están encrespadas. Pero el encrespamiento no responde a un fenómeno de la naturaleza, ni a las fuerzas del destino ni a la intervención de las diosas y los dioses marítimos. Es el

resultado del modelo de dominación colonial de Occidente, de desarrollo científico técnico de la modernidad y de la violencia estructural que impone Europa a los pueblos del Sur. “Cuando busco al ser humano en la técnica y en el estilo europeo –escribía Frantz Fanon, pionero entre los críticos del colonialismo–, lo que veo es una sucesión de negaciones del ser humano... No termina de hablar del ser humano, sino que lo masacra en cada lugar donde lo encuentra: en los rincones de sus propias calles y en cualquier parte del mundo”².

El Mediterráneo tiene que volver a ser un mar de hospitalidad e integración, no de exclusión por razones de género, cultura, etnia, economía o religión. Sus aguas han de ser aguas de vida, no fosas de muerte; mar que fomente una cultura de paz, no una cultura de violencia; orillas de solidaridad, no de expulsión ni en frío ni en caliente; espacio de pluralismo, no de integristas excluyentes; lugar de convivencia, no de enfrentamiento; espacios de diálogo multilateral Sur-Sur, Norte-Sur, Oriente-Occidente, no de monólogos excluyentes Norte-Norte. Sus aguas han de ser de libre circulación en condiciones seguras, al menos con la misma libertad con que circulan los capitales; no de vetos, prohibiciones o vigilancias fronterizas, que conducen a la muerte a miles de personas, sino de apertura de fronteras, que conduce al “abrazo de los pueblos” nos lleva –lema y emblema de este Encuentro Solidario.

La ley que debe predominar en el *Mare nostrum* no puede seguir siendo por más tiempo la ley de costas que justifica el disparar a los inmigrantes que llegan desarmados a este lado del mar para poder satisfacer las necesidades básicas, se salda con un número cada vez mayor de naufragas y naufragos, y convierte con frecuencia la actuación violenta de los guardianes de las costas en inunes a todo delito y las muertes causadas por ellos en impunes a todo castigo.

¿Qué apelación puede haber en estos casos a la legítima defensa, a la que recurren los gobiernos, cuando las fuerzas de orden público disparan contra personas famélicas, indefensas y desarmadas, “inmigrantes cuyo único crimen es su instinto de vida y el ansia de libertad”, como dijo Juan Goytisolo en el discurso de recepción del Premio Cervantes en abril de 2015? Solo la ley de la fuerza, que nos retrotrae a tiempos de piratería y barbarie. Pero ahora los bárbaros y los piratas son los “civilizados” países europeos y sus “demócratas” gobernantes, y también los ciudadanos cuando no levantamos la voz contra tamañas tragedias, como hace proféticamente el papa Francisco cada vez que las aguas mediterráneas se cubren de cadáveres pronunciando la palabra “¡Vergüenza!”.

² Frantz Fanon, *Les Damnés de la terre*, Ed. François Maspèro, París, 1961, 371.

Tampoco puede imperar la ley de la religión del mercado que ha sustituido a los dioses de las religiones politeístas y al dios de las religiones monoteístas por el ídolo del neoliberalismo, que no se rige por la misericordia y la compasión, sino que exige sacrificios humanos de los inmigrantes, de aquellos cuya vida está más amenazada. Es esta una religión de muerte y su dios similar al dios Moloc que exigía sacrificios de niños para aplacar su ira.

La única *ley* que debe regir en las aguas del Mediterráneo es la *de ciudadanía-mundo*, que se basa en la igual dignidad de todos los seres humanos, en la igualdad de derechos. Ley de ciudadanía-mundo que pone límites al poder, a todos los poderes, económicos, políticos, culturales, etc.: el poder de la ciudadanía por encima de los contra-ciudadanía de las fronteras. Ley que no discrimina por razones de género, etnia, cultura, procedencia geográfica, clase social o tradición religiosa, sino que reconoce la diferencia como derecho y el derecho a la diferencia, y respeta el pluralismo como riqueza de lo humano y valor a potenciar y a proteger, frente a la uniformidad cultural que está imponiendo Occidente al resto del mundo.

17. Religiones monoteístas: de guerras de religiones a espacios de hospitalidad y diálogo

Las religiones monoteístas, judaísmo, cristianismo e islam, han conformado las culturas y las sociedades del Mediterráneo. Unas veces han contribuido al diálogo intercultural, al encuentro inter-civilizatorio y a la convivencia pacífica. Otras han atizado las guerras, los choques y enfrentamientos entre civilizaciones, culturas y creencias religiosas. Hoy deben transitar:

. por el camino de la ética liberadora, más allá de los dogmatismos, que lejn y dividen;

. por la senda de la hospitalidad con las personas migrantes, refugiadas, desplazadas, más allá de las endogamias, que achican la solidaridad;

. por las veredas de la justicia y la equidad; más allá de la caridad, que no va a la raíz de los problemas, suele quedarse en el asistencialismo y la beneficencia, y no contribuye a las transformaciones estructurales.

. por la vía del reconocimiento y del respeto al pluralismo y del diálogo intercultural, interétnico e interreligioso, más allá del discurso y de las prácticas xenofóbicas;

. por el camino del reconocimiento de las otras, de los otros, de las culturas, las etnias y las religiones diferente, del derecho a la diferencia y de la diferencia como derecho, sin que desemboque en desigualdad;

. por el camino de la igualdad de género, más allá del sexismo y del patriarcado – tan arraigados en las religiones-.

Las religiones todas, las monoteístas y las politeístas, las cósmicas y las metacósmicas, las místicas y las sapienciales, las originarias y las modernas, pueden contribuir a cambiar la orientación del Mediterráneo en la dirección indicada. Las condiciones para ello son que renuncien a sus dogmatismos, anatemas, intolerancias, fanatismos, integrismos, fundamentalismo, asuman el pensamiento crítico y el lenguaje simbólico, que es el más propio de las religiones y activen el imperativo de la hospitalidad. “El símbolo da que pensar”, decía Paul Ricoeur; el dogma, añadido yo, bloquea toda posibilidad de pensar. Asimismo han de renunciar al literalismo en la lectura de los textos sagrados atender al espíritu de los mismos. “La letra mata, el espíritu da vida”.

Creo que las religiones tienen que cambiar de paradigma y optar por la duda, en vez de por el dogmatismo; por la inter-identidad, en vez de por las identidades religiosas e ideológicas cerradas y frentistas. Es lo que recomendaba Juan Goytisolo en el ya citado discurso de recepción del Premio Cervantes: “Dudar de los dogmas y supuestas verdades como puños nos ayudará a eludir el dilema que nos acecha entre la uniformidad impuesta por el fundamentalismo de la tecnocracia en el mundo globalizado de hoy y la previsible reacción violenta de las identidades religiosas e ideológicas que sienten amenazados sus credos y esencias”.

Las religiones monoteístas han de respetar la heterodoxia y el librepensamiento en su seno y en la sociedad. Los periodos más brillantes de la historia de estas religiones han sido aquellos en los que se ha reconocido, respetado y practicado la libertad religiosa, de conciencia, de expresión, de investigación, de culto, etc. “No haya coacción en la religión ... Que crea quien quiera y que no crea el que no quiera... Dios no se irrita con los que no creen, sino con los que no piensan”, afirma el Corán. “Si quieres, puedes seguirme”, decía Jesús a quienes se interesaban por su mensaje. La fe nunca puede imponerse, solo ofrecerse y dejar a la gente en libertad para que decida.

Cuando las religiones monoteístas no han respetado las libertades y los derechos humanos, cuando han perseguido a los disidentes, han sometidos a juicios inquisitoriales a quienes expresaban sus desacuerdos doctrinales y han condenado a muerte a los llamados “herejes”, se han desacreditado y han perdido toda credibilidad. Y con razón. ¿Cómo pueden

hablar del Dios de la vida y luchar contra los ídolos de muerte, cómo pueden defender el derecho a la vida como derecho inalienable y fuente de los demás derechos, cuando matan en nombre de Dios? ¿Cómo pueden defender los derechos de Dios, mientras niegan los derechos de los seres humanos?

Estas religiones han de renunciar a actuaciones colonizadoras encubiertas bajo el nombre de “misioneras”, activar sus mejores tradiciones emancipatorias, igualitarias, utópicas, y fomentar el diálogo, y no el proselitismo, ya que como acostumbraba a decir Raimon Panikkar, “sin diálogo el ser humano se atrofía y el ser humano se anquilosa”. Muchas de las actividades “misioneras” tienen claras connotaciones de conquista, de proselitismo, de imposición cultural y de apropiación de las riquezas de los pueblos a los que dicen “misionar”.

“Quien dialoga –escribe Antonio Machado en *Juan de Mairena*-, ciertamente afirma a su vecino, al otro yo; todo manejo de razones –verdades o supuestos- implica convención entre sujetos, o visión común de un objeto ideal”. Pero no basta la razón, sigue diciendo Machado, para crear la convivencia humana; ésta precisa también “la *comuni3n cordial, una convergencia de corazones en un mismo objeto de amor*”³.

Otra condición consiste en que las religiones monoteístas pongan en el primer plano de su identidad y de su actividad no los ritos alejados de la vida, sino la ética. “La ética – afirma el filósofo Emmanuel Lévinas- es la filosofía primera”. Nosotros podemos decir: la ética es la teología primera en todas las religiones Pero no la ética neoliberal del mercado, que es excluyente y está provocando los actuales estragos, ni la ética de la violencia de los movimientos terroristas, que siembran la muerte por doquier, sino la ética de la justicia y de la solidaridad, de la paz y de la defensa de la naturaleza, la ética liberadora e inclusiva de las religiones y de los movimientos sociales, que luchan por la utopía de otro mundo posible donde quepamos todas y todos.

Y junto a la ética, la denuncia de la injusticia estructural, de las desigualdades de todo tipo entre las dos orillas, de los crímenes de lesa humanidad, de las agresiones contra el medio ambiente, de la contaminación de las aguas por los cadáveres, cuyos causantes somos los bárbaros del Norte.

³ Antonio Machado, *Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo*, Espasa-Calpe S. A., 1936; facsímil de la Universidad Internacional de Andalucía, con presentación de Eugenio Domínguez Vilches e introducción de Ian Gibson, Baeza (Jaen), 2014, 96.

“No se puede tolerar que el mar Mediterráneo se convierta en un gran cementerio” - afirmó el papa Francisco en el discurso pronunciado en el Parlamento Europeo- y negar acogida a los hombres, mujeres, niños y niñas que llegan a diario, muchas veces muriendo en el intento en las barcazas. Actuar de otra forma, es negar la dignidad humana de los inmigrantes, favorecer el trabajo esclavo y alimentar las continuas tensiones sociales”.

Es necesario, siguió diciendo Francisco a los parlamentarios europeos, “poner en práctica legislaciones adecuadas que sean capaces de tutelar los derechos de los ciudadanos europeos y de garantizar al mismo tiempo la acogida a los inmigrantes” y “adoptar políticas correctas, valientes y concretas que ayuden a los países de origen en su desarrollo sociopolítico y a la superación de sus conflictos internos – causa principal de este fenómeno –, en lugar de políticas de interés, que aumentan y alimentan estos conflictos. Es necesario actuar sobre las causas y no solamente sobre los efectos”.

Los pueblos del sur del Mediterráneo, los inmigrantes subsaharianos y los refugiados que cruzan sus aguas no pueden sentirse derrotados. Han de empoderarse y decir con Fernando Pessoa “llevo en mí la conciencia de la derrota como un pendón de victoria”. Las religiones pueden contribuir a evitar que la conciencia de derrota se instale en las mentes y en la vida de los inmigrantes y ayudar a levantar su pendón de victoria. Y eso sólo pueden hacerlo si siguen el camino de la acogida y la hospitalidad.

De lo contrario, habrán renunciado a la orientación liberadora que las inspiró en sus orígenes, habrán perdido el norte y vagarán sin rumbo. Más aún: se habrán hecho el harakiri y no podrán responsabilizar a supuestos enemigos externos de la crisis profunda que sufren hoy. Ellas son las principales responsables de su fracaso.

Diría más: quizá hasta Dios se dé de baja de todas ellas y huya despavorido, como apuntara una viñeta del humorista el Roto, y prohíba utilizar su nombre en vano para evitar que se siembre la muerte apelando a él, una muerte selectiva, que se ceba en quienes tienen la vida más amenazada, en este caso, las personas refugiadas que huyen del infierno de la muerte. Al abandono de las religiones por parte de Dios, seguirá, bien seguro, la retirada de no pocos creyentes monoteístas, que continuará produciéndose hasta que las religiones recuperen sus valores originarios de paz y justicia, solidaridad y hospitalidad, fraternidad y sororidad, libertad e igualdad.